

MAREMOTO EN ANCUD, MAYO DE 1960

Francisco Carrillo*

Una de las teorías más connotadas en torno al fenómeno de los terremotos es aquella que afirma el carácter cíclico que éstos revisten. En el caso del sismo del sur de Chile en mayo de 1960 puede afirmarse, según estas premisas, que su antecedente pudo estar constituido por el gran terremoto del 20 de febrero de 1835, en los mismos días en que el gran Carlos Darwin se encontraba en Valdivia, cuando realizaba su histórico viaje alrededor del mundo. Se recuerda que aquel fenómeno telúrico fue acompañado por un maremoto que abarcó, en sus efectos, a las en aquella época despobladas costas del litoral sur.

Las tradiciones orales que aún persisten en las comunidades de Chiloé recuerdan la magnitud y violencia del fenómeno de 1835. Estas tradiciones hablan de "las tres salidas de mar" que sucedieron al gran terremoto.

Desde el punto de vista histórico se carece de datos concretos de los daños causados, incluso en fuentes de la única población existente a la época expuesta a la violencia de las embestidas de grandes ondas provenientes del Pacífico, como era en aquellos días la incipiente población de San Carlos de Ancud. No hay datos sobre graves daños, lo que puede deberse a que las construcciones eran en aquel entonces hechas de madera y que además el núcleo de la población se encontraba en la parte alta del lugar denominado El Castillo o fuerte de San Antonio, lugares donde se situaban las fortalezas, cuartelas, la Gobernación y el núcleo primitivo de la población.

La parte baja de la ciudad de Ancud, donde actualmente se encuentran los sectores comerciales y residenciales aledaños a la rada o fondeadero, solamente fue ocupada en la segunda mitad del siglo pasado. En este caso, estos antecedentes tienen su significación

* Ex profesor de Artes Plásticas de la otrora Escuela Normal de Ancud y actual docente de esa misma especialidad en la Escuela de Pedagogía Básica de la Universidad Austral de Chile, Sede Ancud.

Al profesor Carrillo le cupo vivir las dramáticas circunstancias del sismo y maremoto que asolaron gran parte de la zona sur de Chile el 22 de mayo de 1960.

Por encargo oficial le correspondió en aquella fecha evaluar y confeccionar los informes sobre pérdidas humanas y materiales; con éstos, más otros datos investigados en el transcurso del tiempo, le ha sido posible reconstruir en alguna medida los hechos relacionados con dicha catástrofe, logrando un cuadro lo más objetivo posible, en el cual la mayoría de las observaciones y conclusiones tienen carácter inédito.

desde el punto de vista de la periodicidad de estos fenómenos y por tanto no puede descartarse la posibilidad futura de su repetición.

Si se consideran la magnitud de los efectos y los daños de toda especie causados por los desbordes de la inmensa energía concentrada en las ondas líquidas del Pacífico, que embistieron con despiadada violencia las costas del sur, es de suyo interesante hacer una reevaluación del desastre como un medio de prevenir a las generaciones futuras de una posible y similar eventualidad.

Ante el interés que podría significar el reeditar situaciones relacionadas con el gran maremoto que sucedió al sismo de mayo de 1960, nos propusimos ordenar y completar algunas informaciones que aún pueden tener valor informativo para un mejor conocimiento de aquel fenómeno natural y sus efectos.

Para ello hemos utilizado un registro de observaciones que datan de la fecha de los acontecimientos. Por otra parte, fue relativamente fácil entrevistar a testigos en los lugares mismos donde acontecieron los hechos, para establecer con la mayor objetividad posible lo que realmente aconteció hace ya más de veinte años.

Por si alguien piensa con algún fundamento que ha pasado ya demasiado tiempo para llegar a conclusiones válidas, diremos que los años transcurridos han decantado en parte la natural deformación en cuanto a la apreciación de los hechos, que fue para todos un acontecimiento tan inesperado como aterrador e impresionante. Creemos que es hoy posible recordar en condiciones más propicias los dramáticos sucesos y tratar de fijarlos en sus justas proporciones.

En este artículo se consignan los testimonios de personas que nos merecen alta estimación por su ponderación, condición indispensable para sustentar y convalidar este informe.

Lo que en esta publicación se pretende es describir las características del maremoto y sus efectos, tal como fueron apreciados por los testigos en la zona que comprende la bahía de Ancud y los golfos que la integran, como así también lo que aconteció en los barrios o zonas pobladas aledañas al litoral en la propia ciudad de Ancud.

Una descripción breve pero necesaria de este ámbito marítimo nos señala que la gran bahía de Ancud, situada en la parte noroeste de la Isla de Chiloé, nace en la desembocadura del Canal de Chacao y se abre ampliamente hacia el Océano Pacífico a través del Golfo Coronados, estando sus aguas limitadas: al norte por la isla Doña Sebastiana y las costas de la provincia de Llanquihue; por el sur las aguas penetran las costas de la Isla de Chiloé formando la bahía de Ancud propiamente tal, en cuya ribera oriental se encuentra ubicada la ciudad y la rada, cerrándose con las playas de La Arena y Lechagua en dirección hacia el Golfo de Quetalmahue, donde se encuentra el istmo que une la Isla de Chiloé con la pequeña Península de Lacuí, que limita la bahía por el oeste. La Península de Lacuí se caracteriza por las formas caprichosas y abruptas de sus costas, por cuanto en ella se encuentran varias penínsulas menores o "puntillas".

La bahía de Ancud se hace notar también por la moderada profundidad de sus aguas, cuyas cotas fluctúan entre los veinte y los tres metros de profundidad, estando las partes más profundas en una depresión del fondo que corre cerca y en dirección paralela a las abruptas costas o farellones de la Península de Lacuí. Es importante destacar que esta última, debido a su ubicación, es el baluarte que defiende la bahía y el puerto de las bravesas del Pacífico y de los fuertes vientos reinantes del noroeste.

El sismo sorprendió a toda la región del sur de Chile el domingo 22 de mayo de 1960, a las 15:14 horas, con características y violencia extraordinarias (8,2 grados Escala de Richter)

de la magnitud de una catástrofe geológica, ya que con posterioridad se comprobaron hundimientos y levantamientos de la corteza, lo que motivó cambios importantes en la geografía física.

El maremoto que sucedió al sismo y cuya descripción es el objetivo del presente trabajo, lo analizaremos desde dos perspectivas.

Primero, por lo que aconteció en el ámbito general de la gran bahía de Ancud y, luego, por lo que aconteció en el puerto de Ancud y sectores poblados vecinos al litoral.

Según este plan, comenzaremos por describir lo que aconteció en el ámbito de la gran bahía de Ancud.

Una de las preocupaciones lo constituye sin duda intentar fijar el tiempo que medió entre el acontecimiento sísmico y el maremoto que fue consecuencia del primero. Lograr establecer tiempos con aproximada exactitud es muy difícil, si no imposible, por cuanto incluso en la misma fecha del acontecimiento las impresiones de testigos, cargadas de subjetividad, daban tiempos muy relativos.

Mientras algunos afirmaban que los primeros indicios se presentaron en los momentos inmediatos al sismo, otros daban tiempos más amplios.

Sin embargo, un testimonio por muchas razones objetivo es el del Coronel (R) de Carabineros don Roberto Torres Benavente, quien en compañía de otros funcionarios navegaban hacia el puerto de Ancud en la lancha *Gloria*, de Carabineros, desde el lugar del siniestro de un barco liberiano encallado cerca de la isla Doña Sebastiana (a diez millas de Ancud, aproximadamente).

Se encontraban a relativa distancia de este puerto cuando se dieron cuenta del sismo por los movimientos turbulentos del mar y los espectaculares derrumbes en los farallones de las costas cercanas. Calcula el Coronel Torres que en ese momento habrían recorrido una tercera parte de la distancia, es decir, faltándoles sólo unas seis millas por cubrir, lo que hicieron ansiosamente para luego desembarcar en el muelle, ordenar asegurar la embarcación y abandonar el puerto para ir de inmediato a sus hogares y obligaciones.

Momentos más tarde la lancha *Gloria* fue llevada por la segunda onda, con aproximadamente sesenta personas a bordo, siendo arrojada en un punto ubicado en la desembocadura del río Pudeto, frente a la Isla Cochinos, quedando sólo una mujer y dos niñas como sobrevivientes, que arrojadas sobre las rocas de la isla fueron encontradas al día siguiente.

El Coronel Torres informó que al abandonar el puerto no se percataron de movimientos extraordinarios en el mar, lo que prudentemente hace suponer que habrían transcurrido tal vez de veinte a treinta minutos desde el sismo antes de los primeros indicios del fenómeno marítimo.

Otro testimonio interesante es el del ex funcionario de Vialidad de Ancud, don Pedro Ampuero Torres, quien en compañía de dos amigos excursionaban las costas de Isla Cochinos en gira de pesca deportiva, en un bote con motor fuera de borda. El terremoto los obligó a un rápido regreso, navegando la distancia que media entre dicha isla y el promontorio de San Antonio (a 2.200 metros, aproximadamente) con el propósito de alcanzar la playa de La Arena Gruesa. Al llegar a la roca conocida por El Barco debieron detenerse, por cuanto el mar desacostumbradamente se había retirado hasta el extremo más alejado de dicha roca.

Allí, de pronto, avistaron una gran ola que avanzaba desde la dirección del Golfo Coronados, o sea, del acceso al Pacífico, la cual ya se encontraba a la altura del faro de Punta Corona. Previendo el inminente peligro por lo veloz del avance, optaron por hacer abandono del bote y corrieron hacia la playa de La Arena Gruesa, distante aproximadamente unos ochenta metros, trepando apresuradamente las laderas rocosas del promontorio de San Antonio, punto donde los alcanzó la ola, de la que a duras penas lograron salvarse ya que las aguas alcanzaron en este punto una altura de cinco metros sobre la actual alta marea.

Otra referencia significativa la constituye el relato de lo que le aconteció al profesor Juvenal Illesca Muñoz, quien al momento del sismo se encontraba en compañía de otro colega en las inmediaciones del río Quilo, situado hacia la zona occidental de la bahía, mirando hacia el Golfo de Quetalmahue, en un lugar de nombre Huechupulli, cerca del istmo que une la Isla de Chiloé a la Península de Lacui, con terrenos de muy poca elevación respecto al nivel del mar. De inmediato emprendieron una apresurada marcha por el camino de grava en dirección al puente del río Pilluco, que por encontrarlo inundado tuvieron que buscar paso por los terrenos altos. La distancia desde Huechupulli al puente Pilluco es de cinco kilómetros, que creen haberla recorrido en treinta minutos. Estima el profesor Illesca que al llegar al puente Pilluco la primera onda habría llegado a ese punto unos cinco minutos antes. Esto supone un tiempo de veinticinco minutos transcurridos desde el momento del sismo.

Continúa el informante: "la inundación nos obligó a vadear por las partes altas y después de diez minutos de marcha llegamos a una elevación o mirador situado un poco al norte de Punta Cholux, en los momentos en que hacía irrupción la segunda ola, al parecer la más violenta".

El profesor Illesca agrega: "Con amplia visión desde el fondo de la bahía, mirando hacia Isla Cochinos, la ví venir cubriendo todo el frente de la misma. Se veía como un muro de agua muy oscura, calculando su altura – cuando se desplazaba frente a Punta Chai-cura – semejante a una casa de dos pisos, o sea, entre cinco y siete metros". Complementa, finalmente, que las aguas penetraron profundamente en los terrenos bajos y permanecieron en una altísima marea durante toda la noche del 22 al 23, y recién a las cinco de la mañana del 23 bajó lo suficiente para que ellos pudieran lograr encontrar paso y regresar a la ciudad.

Por lo demás, casi todos los testigos ubicados en el litoral concuerdan en que el movimiento del mar comenzó en el puerto con una subida de las aguas que alcanzó extraordinariamente hasta el nivel de la calle Serrano, retirándose casi de inmediato y presentándose una muy baja marea comparable a las máximas normales, pero con un tiempo de recogida y subida relativamente muy cortos, ya que de inmediato las aguas regresaron sobrepasando en mucho a la línea de pleamar.

Esto supone que después de una elevación inicial de las aguas se produjo un flujo de salida de las masas de agua desde la bahía, lo que sin duda retardó la velocidad de regreso de la lancha *Gloria* y de la embarcación del señor Ampuero.

Haciendo un cómputo muy prudente se podría sostener, apreciativamente al menos, que en la zona de la rada de Ancud la primera onda destructora se presentó en un lapso comprendido entre treinta y 45 minutos después del sismo. Esto, desde luego, no invalida otras referencias de tiempo dadas por otros testigos situados en diferentes lugares del litoral, especialmente los ubicados en sectores



VISTA REMEMORADA DE ANCUD CON SU CATEDRAL (POSTERIORMENTE DEMOLIDA)
Y PARTE DEL LITORAL OCUPADO POR EL BARRIO DE LA ARENA.
EN PRIMER PLANO, CASAS UBICADAS EN LA PLAYA-BALNEARIO DE LA ARENA

directamente enfrentados al océano, como ser, en la playa Chauman y Maullín. Exactamente, entre ocho y diez minutos en Chauman, vecina a Punta Corona, y a los veinte minutos posteriores al sismo en Maullín.

Esta relatividad de los tiempos apreciados es explicable en función de la física matemática que rige las ondas marinas provocadas por terremotos en el lecho del mar. Estos principios establecen que la velocidad de propagación de las ondas varía en proporción directa con la profundidad de las aguas.

Considerando estas situaciones nos explicaríamos tanto el retraso con que la onda asoló la rada de Ancud como también la violencia causada por la energía cinética, especialmente de la segunda embestida, puesto que la profundidad de la bahía fluctúa entre los

veinte y los tres metros, lo que produjo un freno en la velocidad a costa de un incremento en la turbulencia destructora.

Cabe aquí hacerse la consideración que las consecuencias de las embestidas pudieron haber sido inmensamente más graves a no mediar la barrera o defensa de la Península de Lacui, que fue cruzada en dos partes, y en la que el bajo nivel de los terrenos no pudo impedir que sendas oleadas cruzaran en el Istmo de Yuste y en la zona de Quetalmahue.

Un análisis detenido de lo que aconteció en las riberas que dan al Pacífico, es necesario para comprender en su globalidad el fenómeno y apreciar su magnitud.

Una primera secuencia, según el testimonio del funcionario jefe del faro de Punta



ASPECTO PRESENTADO DESPUES DE LOS EFECTOS DEL MAREMOTO

Corona, Sr. Jiménez, lo constituiría la retirada del mar frente a la playa de Chauman, ligeramente al suroeste del faro, donde diez minutos después del sismo y a una distancia de aproximadamente ochocientos metros de la costa se formó una enorme ola que aparentemente crecía (calculó quince a veinte metros), en tanto parecía estar detenida, y que súbitamente se lanzó con inaudita fuerza y velocidad sobre el litoral, cruzando una avalancha por una parte baja del Istmo de Yuste y volcándose a través del estero Chaular al saco de Puerto Inglés. De paso, borró una pequeña península y arrolló casas y embarcaciones.

Por otra parte, veinte minutos después del sismo el Alcalde de Mar de Maullín anunciaba la llegada de las ondas que anegaron aquel sector costero de la provincia de Llanquihue (Revista de Marina 5/60, pág. 709).

La escena de la bahía de Ancud, vista desde la altura donde está ubicada la iglesia de San Francisco, presentó un espectáculo sobrecogedor y grandioso a la vez. La gran recogida de las aguas después de la primera gran onda dejó en descubierto el fondo de un gran sector de la bahía, retirándose hasta una línea que abarcaba desde la Punta Chaicura, frente a Ancud, hasta el extremo más alejado del farallón de San Antonio, frente a Isla Cochinos. Un profesor con gran presencia de ánimo logró tomar varias secuencias fotográficas mientras se desplazaba la segunda onda.

Al autor de estas líneas le tocó en suerte pasar, en los precisos momentos en que la primera gran onda alcanzaba su máximo desarrollo, o sea, su más alto nivel, por la esquina donde están situados los talleres de la imprenta del diario *La Cruz del Sur*, en calle Blanco Encalada esquina de Errázuriz, pudiendo

comprobar que su alcance llegó hasta ese punto ubicado en plena pendiente de la calle Errázuriz.

Allí, en compañía de un grupo de vecinos, pudo comprobar que el mar en ese sector y momento llegó como una rápida y altísima marea que se presentaba muy pesada e hinchada en sus últimos instantes, con una engañosa apariencia de pesada quietud. La tremenda violencia que encerraba en su seno se manifestó por la gran fuerza de su empuje, que arrancó desde sus cimientos a todas las construcciones de vastos sectores vecinos al litoral.

Todos presenciaron un inusitado y tremendo espectáculo al ver cómo toda suerte de construcciones flotaban libremente sobre la superficie, en un principio conservando su ubicación entre ellas y sobre los que fueron sus cimientos. Aún más, en una escalera de concreto situada a las puertas mismas de los talleres del diario, pudieron apreciar la velocidad vertical de la subida del nivel de las aguas que se proyectaba sobre las gradas, calculando un tiempo de diez a quince segundos por grada. El agua alcanzó hasta la última grada, deteniéndose unos segundos para luego descender muy rápidamente, lo que motivó el arrasamiento de las construcciones, llevándose incluso algunos habitantes que fueron sorprendidos en sus casas y que perecieron.

Desde las alturas, los aterrados habitantes presenciaron cómo gran número de casas fueron llevadas en trágica procesión por la incontenible fuerza de la turbulenta corriente, que como un río las arrastró hasta los lugares próximos a Isla Cochinos, donde los embates contra los roqueríos las destruían. La bandera nacional enarbolada todavía en muchas de las casas ahondó aún más el dramatismo de la escena. En cuanto al número de casas y construcciones llevadas por el mar en el sector costero, a partir de la calle Pudeto, por calle Serrano y hasta las poblaciones del barrio de La Arena o de El Morro –como también se le

llamada– sumaron 67, quedando 407 personas sin hogar solamente en ese sector (datos oficiales del censo de daños, hecho por el autor).

A esto hay que agregar la destrucción de todo el gran sector comercial aledaño al puerto, donde solamente algunas sólidas construcciones se libraron del desastre.

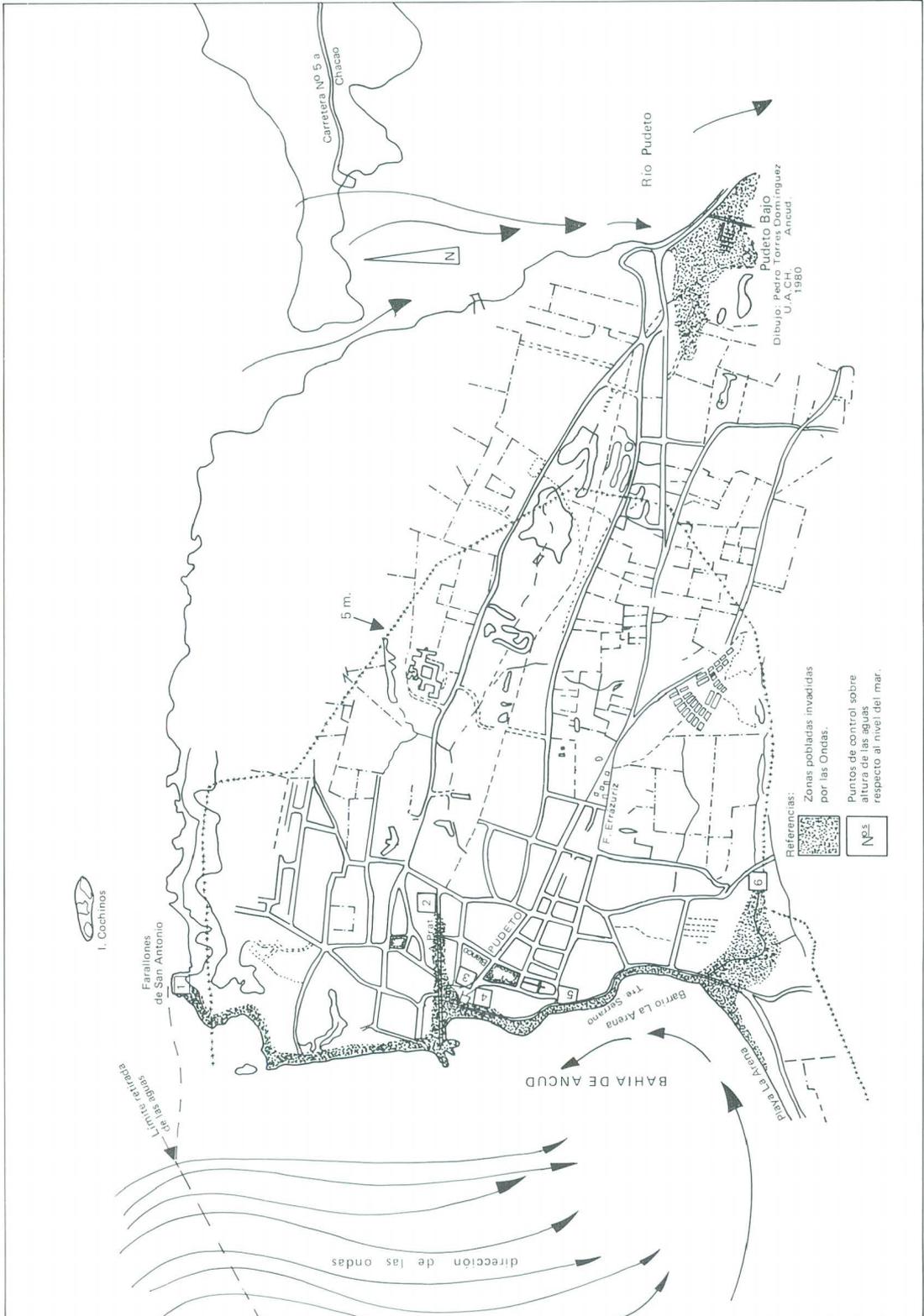
Es interesante recalcar el hecho de que las ondas sucesivas, al alcanzar el punto de plenitud no se presentaron como olas o marejadas violentas que embistieran con terrible daño, como se manifestaron en la parte exterior y central de la bahía, sino que se diluyeron dando paso a una pesada y remontada alta marea que levantaba y arrancaba casas e instalaciones por la tremenda presión generada.

Otro sector de Ancud muy asolado –aun cuando menos poblado en aquel entonces– fue el denominado sector de Pudeto Bajo, en el otro extremo de la ciudad hacia el lado del río del mismo nombre.

El número de víctimas fatales causadas por el sismo en la población de Ancud, más las causadas por efectos del maremoto, alcanzaron a la veintena.

A estas alturas de la relación no es posible ignorar lo que tal vez fue la más grande pérdida causada por el maremoto.

La gran tragedia que hasta el presente no ha podido ser evaluada lo constituyó la pérdida de vidas de buzos y tripulantes de las numerosas lanchas y botes que faenaban en la bahía de Ancud con motivo de la plena vigencia de la temporada de extracción de ostras. Algunos cálculos estiman que su cantidad ascendía a unas trescientas embarcaciones. La gran mayoría de ellas y sus respectivas tripulaciones procedían de todos los puertos y caletas de la región de los canales, vale decir, de las costas de Llanquihue, Archipiélago de



PLANO TOPOGRAFICO DE ANCUD, ACTUALIZADO

Chiloé y hasta de Melinka y Quellón, e incluso de la provincia de Aysén.

Según la gente de mar que actualmente recuerda los hechos, el día del desastre, pese a ser día festivo, trabajaban entre cien y tal vez ciento cincuenta embarcaciones. Si se considera que cada embarcación en esa fecha no podía trabajar con menos de cinco hombres (un buzo-escafandra, dos maquinistas y dos guías), se puede deducir la cantidad de víctimas que solamente por estas circunstancias perecieron en el mar.

La heterogénea procedencia de estas embarcaciones, más las condiciones propias de la confusión derivada de la catástrofe, hicieron imposible establecer fehacientemente la cantidad de personas desaparecidas de los grupos de pescadores. Con todo, posteriormente fue registrada en la Comisaría y Capitanía de Puerto la cantidad de sesenta cadáveres arrojados al litoral. La gran mayoría de los desaparecidos no fueron devueltos por el mar.

Después de más de veinte años transcurridos desde la tragedia quedaban todavía algunas incógnitas por despejar, y una de ellas era la pregunta: ¿a qué altura respecto al nivel del mar subieron las aguas en la ciudad de Ancud?

Con vista a obtener una respuesta, el autor de estas líneas – con el concurso de testigos, más observaciones personales – logró obtener una serie de puntos controlados ubicados en diferentes partes de la ciudad, hasta donde llegaron los máximos efectos de las ondas. Transportados todos estos puntos sobre un plano topográfico actualizado, con curvas de niveles, se constata que todos ellos se encuentran sobre la línea que demarca los cinco metros de altura sobre el actual nivel del

mar. Se comprueba además que la conformación de la curva de los cinco metros configura exactamente toda la parte asolada y comprometida por las aguas.

Como dato ilustrativo daremos la ubicación de los puntos controlados que sirven de referencia:

- Punto 1: En las rocas del farallón del promontorio de San Antonio o de El Castillo;
- Punto 2: En calle Prat, pasada calle Blanco;
- Punto 3: Farmacia Buseyne, en calle Libertad;
- Punto 4: Domicilio familia Barrientos Oyarzún, en calle Pudeto;
- Punto 5: Calle Blanco esquina de Errázuriz, talleres diario *Cruz del Sur*;
- Punto 6: Borde del camino hacia el predio Bellavista, que marcó el lugar de máxima penetración.

Los planos reguladores confeccionados con posterioridad a la catástrofe han previsto estas situaciones y normaron regulando las áreas poblacionales, reservando las partes expuestas para áreas verdes. Es necesario reafirmar la conveniencia de observar esas recomendaciones, por cuanto el transcurso del tiempo hace olvidar las grandes lecciones.

La relación y descripción de hechos o episodios increíblemente dramáticos y muchos de ellos trágicos – como el desastre de la lancha *Gloria*, ya brevemente reseñado, la afortunada odisea de la lancha *Liliana* con su piloto como único tripulante, y otros – daría para mucho más, pero el objetivo que nos hemos propuesto y otras limitaciones nos obligan a esperar otra oportunidad para tratar estos aspectos de la dimensión humana, preñados de gestos grandiosos, que nos demuestran la entereza y la resolución de nuestras gentes para afrontar el inexorable castigo de las fuerzas naturales y de la adversidad.